TESTIMONIO VOCACIONAL

Un mosaico de piezas rotas

Carta a un joven que se pregunta si Dios le llama

Querido Amigo:

No sé tu nombre, ni dónde estás leyendo esto. Quizá en tu habitación, con el móvil en la mano y la puerta cerrada para que nadie te pregunte. Quizá en un banco de la parroquia, después de misa. Pero sí sé una cosa: si has llegado hasta aquí es porque llevas dentro una pregunta que no termina de irse. Esa que a veces aparece justo antes de dormir, o en mitad de una Eucaristía, o cuando menos te lo esperas:

> *¿Y si Dios me está pidiendo algo más?*

Antes que nada, gracias. Gracias por el simple hecho de planteártelo. Hoy casi todo nos empuja a tener la vida bajo control, a decidir nosotros solos qué queremos ser. Que tú te hayas atrevido a preguntarle a Dios qué quiere Él dice mucho de ti. Más de lo que imaginas.

También sé que da miedo. Lo sé porque yo lo he sentido, y todavía hay días en que lo siento. Miedo a equivocarte, a lo que dirá tu familia, a lo que dirán tus amigos, a dejar cosas que quieres, a no estar a la altura. Es normal. Te lo digo de verdad: es completamente normal. Y no estás solo. Muchos hemos pasado por ese mismo vértigo antes que tú.

Quiero contarte mi historia. No porque sea un ejemplo, ni mucho menos. Te la cuento precisamente porque no lo es. Mi vida ha sido durante mucho tiempo un auténtico caos, un puñado de piezas sueltas que no encajaban. Y lo único que puedo hacer es contarte cómo Dios, con una paciencia que todavía me desconcierta, las ha ido ordenando. A día de hoy sigo sin saber cómo el Señor se ha fiado de mí.

CAPÍTULO 01

01

Entre dos orillas

Nací en Santander, un bello departamento de Colombia. Una tierra pujante, de gente que madruga y no se rinde, de montañas verdes que parecen no acabarse nunca. Allí di mis primeros pasos, allí aprendí a hablar y a jugar en la calle con los niños del barrio.

Pero desde muy pequeño supe que mi vida tenía también otra orilla. Al otro lado del océano, en las islas Canarias, vivía parte de mi familia. Para un niño, aquello sonaba casi a cuento: unas islas lejanas en medio del mar. Cuando vine de pequeño y las vi con mis propios ojos, me quedé sin palabras. Desde entonces, Colombia y España han ido de la mano en mi corazón. Hoy sé que no era casualidad.

Si me preguntas cuándo empezó mi vocación, te diría que en la infancia. Siempre sentí, de una forma que no sabía explicar, que Dios me pedía darme a los demás. Lo que nunca imaginé es que me lo pediría todo, y que sería a través del sacerdocio.

Dos casas, un mismo Dios

Hay dos casas que han marcado mi vida. La de mi abuela Esperanza, la madre de mi madre, que es protestante. Y la de mi bisabuela María Eugenia, la abuela materna de mi padre, católica de toda la vida. Dos casas distintas, dos maneras de rezar, y un mismo Dios presente en las dos.

En ellas supe quién era Dios y lo grande que era. Lo aprendí sin grandes discursos: en las oraciones antes de comer, en la fe sencilla de dos mujeres que habían sufrido mucho y no habían dejado de confiar, y en un canto que me enseñaron de niño, *El amor de Dios es maravilloso*. Hablaba de un amor tan alto que no se puede pasar por encima, tan bajo que no se puede pasar por debajo y tan ancho que nadie puede quedarse fuera.

Todavía hoy, cuando me viene a la cabeza aquella melodía, vuelvo a ser ese niño. Ese es el Dios de mi infancia: el Dios que me ama infinitamente y que, al mismo tiempo, iba llenando cada vacío y cada herida que yo iba descubriendo en mi vida.

Algunas veces me acuerdo de aquel pasaje del pequeño Samuel, que dormía en el templo y oía una voz en mitad de la noche, y corría una y otra vez hasta el viejo Elí creyendo que era él quien lo llamaba. Fue Elí quien le enseñó a responder: «Habla, Señor, que tu siervo escucha». Yo también necesité a alguien que me enseñara a reconocer esa voz. Y Dios me puso a dos abuelas.

Un hueco en la mesa

Mis padres, Tatiana y Yerkin, me tuvieron con 16 y 17 años. Eran dos críos, sin un rumbo claro en la vida, todavía buscándose a sí mismos. Y aun así tuvieron la valentía de traerme al mundo. Hoy, con los años, se lo agradezco de corazón.

Mi padre emigró a España cuando yo tenía año y medio. Hoy entiendo que, en el fondo, huía de sí mismo y de la violencia que genera una vida vivida lejos de Dios. Volvió al año siguiente, y de aquella visita guardo apenas un recuerdo borroso. Después, ya no volvió. Aun así, en la distancia, intentó estar presente a través de las llamadas. Su rostro casi no lo recordaba, pero su voz siempre la he tenido clara. Era una voz al otro lado del teléfono, al otro lado del océano. Y crecí con un hueco en la mesa y otro en el pecho: el de un padre que existía, pero que no estaba. En los actos del colegio, en los cumpleaños, en esos momentos en que un niño mira hacia la puerta esperando a alguien.

Pero Dios no me dejó solo. Se valió de la valía de mi madre, que me ha amado con locura. Siempre, siempre, siempre. Nunca ha dejado de estar. Trabajó sin descanso para sacarme adelante, muchas veces a costa de sí misma, apoyada siempre en mis abuelas y mis tías. Fui un niño criado por mujeres fuertes. Hay un salmo que dice que, aunque el padre y la madre te dejen, el Señor te recogerá. Durante años no lo conocí, pero lo estaba viviendo.

Con el tiempo, la vida de mis padres siguió su curso, y Dios me regaló más familia de la que podía imaginar. Wilmar, la pareja de mi madre, ha sido para mí un padre. Laura, la pareja de mi padre, ha sido una madre. Y tengo dos hermanos a los que quiero muchísimo: María Fernanda, por parte de padre, y Alejandro, por parte de madre. Lo que empezó como una familia rota se ha ido convirtiendo, con los años, en una familia grande.

Como mi familia materna era protestante y la paterna católica, nunca hubo acuerdo para bautizarme. La idea era que, cuando creciera, eligiera yo mismo. Y Dios, que respeta muchísimo nuestra libertad, también esperó.

CAPÍTULO 02

02

«Dios es tu Padre»

Tenía unos nueve años, estaba en cuarto de primaria, cuando una religiosa, tía de una muy buena amiga mía, me dijo algo que se me quedó clavado para siempre. Me miró y me dijo que Dios era mi Padre, que me amaba y que había soñado cosas para mí.

Puede parecer una frase sencilla, de esas que se dicen a los niños. Pero a mí me cambió algo por dentro. Aquel niño que miraba a la puerta esperando a su padre descubrió, de repente, que tenía un Padre que no se había ido. Y aquella religiosa, además, me invitó a la parroquia.

Para que lo entiendas bien: mi familia creció en barrios marginales, donde la delincuencia y el abandono escolar crecían cada día. Muchos chicos de mi edad acababan en la calle demasiado pronto. Allí las iglesias y las casas religiosas no eran un adorno. Eran refugios. Lugares donde un niño podía estudiar, sentirse a salvo y descubrir que su vida valía algo.

A escondidas

Empecé a ir a la parroquia a escondidas de mi abuela protestante. Salía de casa con cualquier excusa y volvía con el corazón contento y un poco de miedo a que me pillaran. Esto me hace recordar a aquel Nicodemo del Evangelio, que iba a ver a Jesús de noche para que nadie se enterara. Jesús no le reprochó la hora ni el disimulo. Lo recibió y le habló de volver a nacer. Así me sentí yo.

Y lo que me encontré allí fue amor. Me impresionaba cómo se querían las personas, cómo se saludaban, cómo se preocupaban unas por otras. Y me impresionaba, sobre todo, el padre Manuel, misionero de la Consolata, sacerdote de la entonces capilla —hoy parroquia— José Allamano, en Monterredondo (Bucaramanga). Nos trataba a los niños como si fuéramos importantes; para algunos de nosotros, era de los pocos adultos que lo hacía. Junto a él estaban tantos otros padres Misioneros de la Consolata que pasaron por aquella comunidad, y sor Margarita Charry, Hija del Divino Amor, que con su cariño y su entrega fue para mí un reflejo vivo de la ternura de Dios.

Aunque el terreno ya venía abonado de antes. En mi casa paterna siempre se había hablado con cariño de los sacerdotes, en concreto de los padres somascos, los primeros curas que vi en mi vida, siempre con una sonrisa. Y junto a ellos, las Hijas de la Iglesia, que esas sí que sonreían y nos hacían sentir amados. Ellos y ellas formaron a mi familia, dieron estudios y trabajo a muchos de los míos y nunca han dejado de estar cerca. Todo eso unido a la parroquia del barrio: mi querida parroquia de Santa Inés.

Mi infancia en Monterredondo es una de las épocas más bonitas de mi vida. No teníamos mucho, pero había algo en el ambiente que hacía que todo pareciera bueno. La parroquia, el colegio, mis profesores, mis compañeros, los partidos en la calle hasta que se hacía de noche... Era un mundo pequeño, pero lleno de luz.

Monaguillo sin bautizar

Y entonces pasó algo que todavía me hace sonreír: empecé a ser monaguillo sin estar bautizado. Me ponía el alba, que seguramente me quedaba grande, y servía en el altar con toda la seriedad del mundo, sin que casi nadie supiera que aquel niño aún no había recibido el Bautismo. Mis catequistas, Juan Carlos, Ligia, Yudy y Henri, tuvieron mucho que ver en lo que vino después. Me tuvieron una paciencia infinita.

Un sábado por la tarde, 6 de diciembre, fui bautizado. Fue algo discreto, casi a escondidas, sin fiesta ni fotos ni familia llenando los bancos. Pero yo salí de aquella iglesia sintiéndome otro. Dos días después recibí al Señor por primera vez, rodeado de un centenar de niños con los que había compartido la catequesis. Entre tanta gente, yo sabía que para mí aquel día tenía un peso especial.

De tanto ver el amor de Dios en sacerdotes, religiosas y catequistas, me nació un deseo muy sencillo, de niño: yo quería ser como ellos. Quería ser sacerdote. Nadie da lo que no ha recibido, y yo, en aquellos años, recibí muchísimo.

CAPÍTULO 03

03

Los años en que me fui

Y aquí la historia se tuerce. No voy a maquillarte nada, porque no sería honesto contigo.

Llegó la adolescencia, y con ella la rebeldía. Aquel niño que soñaba con ser cura se fue apagando sin darse cuenta. Me olvidé del Señor, de su amor y de su misericordia. Dejé de esforzarme en los estudios y mis notas fueron un desastre. La autoridad, para mí, no existía: ni la de mi madre, ni la de los profesores, ni la de nadie. Mentí. Robé. Viví una vida sentimental nada propia de alguien que había conocido a Cristo. Aunque, todo hay que decirlo, doy gracias por cada chica que me entregó su corazón; de todas aprendí algo.

Mirándolo con los años, creo que muchas de aquellas cosas eran la forma torpe que tenía de llenar el hueco que llevaba dentro. Buscaba fuera lo que solo Dios me podía dar.

Y, sin embargo, Él no dejaba de buscarme. Lo hacía a través de mis profesores, todos muy buenos, a quienes hoy les estoy muy agradecido; a través de mis tutores, que no se rindieron conmigo aunque les di motivos de sobra; y, cómo no, a través de mi profesor de Religión, don Jairo, que era diácono.

En aquella época vivíamos en Girón, un pueblecito encantador de calles empedradas y casas blancas. Mi comunidad era la Basílica del Señor de los Milagros, donde, curiosamente, seguí siendo monaguillo. Era como si una parte de mí no quisiera soltar del todo el altar. Recuerdo con mucho cariño al párroco, el padre Anderson, a sus vicarios Hoower, Edidson y Gabriel Molano, a los

sacerdotes adscritos y, de forma muy especial, a Neidde, el seminarista que cuidaba de los monaguillos.

Cuando pienso en esos años, me acuerdo siempre de aquella parábola del hijo que se marcha de casa. Hay un detalle que me conmueve: dice que, cuando el hijo todavía estaba lejos, el padre lo vio. Eso significa que llevaba tiempo mirando el camino, esperándolo. Yo estaba lejos, muy lejos. Pero alguien no dejaba de mirar el camino.

Volver a casa

La rebeldía llegó a tal punto que mi madre ya no sabía qué hacer conmigo. La hice sufrir mucho. Se desesperó, y derramó muchísimas lágrimas por mí; todavía hoy me duele recordarlo. Un día le pedí irme a vivir con mi bisabuela María Eugenia. A mi madre le dolió en el alma dejarme ir, pero aceptó, porque me quería por encima de todo. Y mi bisabuela me recibió con los brazos abiertos.

Aquella casa fue mi regreso. No hubo reproches. Hubo cariño, rutina, oración y una mujer mayor que me quería sin condiciones. Allí, poco a poco, volví a sentirme amado por Dios.

Empecé a ir al grupo de jóvenes de la parroquia de Santa Inés. Después me animé a ayudar como auxiliar en la catequesis, y fue curioso verme al otro lado, con niños pequeños delante, como yo había estado años atrás. La parroquia estaba muy unida a las Hijas de la Iglesia, a quienes les debo buena parte de mi amor a la Iglesia y que me fueron acompañando en este discernimiento. Empecé incluso a ir a alguna convivencia del seminario diocesano de mi ciudad. El deseo de niño, que creía enterrado, volvía a asomar.

En el colegio fueron muy importantes los capellanes, el padre Jefferson y el padre Fabio Andrés. Precisamente allí recibí la Confirmación. Doy gracias por mi catequista, Angélica María, por mis profesores y, de forma especial, por el coordinador, José Guillermo, que supo ver en mí algo que yo mismo había dejado de ver.

CAPÍTULO 04

04

Empezar de cero

Y entonces llegó el gran cambio: me vine a vivir a España con mi padre. Con aquel padre cuya voz conocía mucho mejor que su rostro. Cruzar el océano para reencontrarte con alguien a quien casi no conoces no es fácil. Hubo silencios, ajustes, aprender a ser familia de nuevo. Y allí estaban también Laura y mi hermana María Fernanda, que me hicieron un hueco en su casa y en su vida.

Llegué como uno más, a rehacer mi vida y empezar desde cero. Otro acento, otras costumbres, otras comidas, otros amigos que hacer. Echaba de menos a mi madre, a mis abuelas, mi barrio. Hubo noches en que me preguntaba qué hacía yo allí.

Empecé a ir a un grupo de la parroquia. Te seré sincero: en parte iba porque tonteaba con una chica. Pero Dios aprovecha hasta eso. En medio de todo, otra vez, un sacerdote empezó a cuestionarme sin decir casi nada. Don Cristóbal, el párroco, era un hombre bueno con todos, atento y servicial, de esos que siempre tienen tiempo para ti. No me soltó ningún sermón. Simplemente, verle vivir me fue interpelando.

Por las noches, en la emisora diocesana, me empezaron a salir testimonios de seminaristas. Una noche, otra, otra más. Al principio pensé que era casualidad. Después ya no estaba tan seguro. Empecé a rezar más, con una inquietud nueva. Y un día, a solas, le dije al Señor con toda la sinceridad de la que fui capaz: «Si esto es tuyo, dame una señal más clara».

Una esquina de la catedral

El domingo siguiente, mi párroco me pidió que fuera a echar una mano a la catedral, tomando la temperatura a la gente que entraba. Allí, entre el ir y venir de la gente, vi a un sacerdote joven con su sotana. Me recordó muchísimo a mi querido padre Manuel, el que me había bautizado tantos años atrás.

Aquel cura, con una sonrisa, se paró a hablar con un chaval al que no conocía de nada. Se interesó por mí, me preguntó cómo estaba, me preguntó por mi camino vocacional. Me dijo que rezaría por mí. Y antes de despedirse, me llevó a conocer a los seminaristas. Todo eso pasó en una esquina de la catedral, en apenas unos minutos. Tiempo después supe su nombre: Nicanor.

Salí de allí temblando. Yo esperaba algo grande, un signo inconfundible. Y Dios me respondió con una sonrisa y unos minutos de atención.

Con los años me he dado cuenta de que aquello se parece mucho a lo que vivió el profeta Elías en la montaña. Esperaba encontrar a Dios en el viento huracanado, en el terremoto, en el fuego. Y Dios no estaba en ninguno de ellos. Estaba en el susurro de una brisa suave. Así me habló a mí: no con un trueno, sino con una brisa.

> *"No con un trueno, sino con una brisa.*

Si es de Dios, se dará

Con el corazón a mil, fui a contárselo a don Cristóbal: sentía que el Señor me llamaba. Él me escuchó con calma y me respondió algo que en ese momento me supo a poco y que hoy me parece pura sabiduría: que le diera tiempo, que si era de Dios, las cosas se irían dando.

Y se fueron dando. Poco después a don Cristóbal lo nombraron obispo, y antes de irse me presentó al rector del seminario. Nos mudamos de casa y la parroquia me quedaba lejos, así que empezamos a ir a la iglesia a la que iba toda mi familia: Santa Isabel de Hungría.

Santa Isabel es mi comunidad de referencia. Allí maduró de verdad mi vocación, rodeado de una comunidad que me quiso y me cuidó: don Juan María Mena, su párroco, y Lupe, Mariangel, María Emilia y tantos y tantos rostros que me ayudaron y fueron auténticos pilares de mi vocación. Fueron años muy bonitos, de esos que uno recuerda con una sonrisa.

Pero no quiero engañarte: tampoco fue todo fácil. En Santa Isabel también sufrí críticas. Había gente que no me veía idóneo para ser sacerdote, y otros que sí. Dolió, no te lo voy a negar. Pero con el tiempo entendí que eso también forma parte de la vida de la Iglesia. La vocación no es algo solo mío, algo privado entre Dios y yo. Afecta a la familia y a la comunidad cristiana, que también discierne contigo esa llamada. Lo importante es ser perseverante, y dejar que sea la misma Iglesia la que, poco a poco, vaya confirmando la vocación.

En ese tiempo entré en el seminario menor. Lo llevaba como rector don Juan Carlos, y el formador era don Alejandro Carmona, que entonces era diácono. Al

mismo tiempo seguía con el instituto, donde también tuve profesores estupendos que me ayudaron a discernir.

Allí conocí a dos compañeros maravillosos, Carlos y Alfredo. Alfredo es hoy fray Alfredo María, franciscano conventual que se forma en Asís, y es mi gran hermano en la vocación que el Señor nos ha regalado. Junto a él, su familia: Gloria, su madre, y Laura, su hermana, que me han acogido como uno más y que siempre, siempre están ahí para mí. Carlos, por su parte, decidió estudiar Magisterio. Cada uno siguió su camino, pero los tres seguimos unidos al Señor y a su Iglesia. Eso es lo bonito del seminario menor: es un lugar para discernir, no una cinta transportadora. Allí uno descubre lo que Dios quiere, sea lo que sea, y cualquier respuesta sincera es una buena noticia.

Así, sin prisas, el Señor fue preparando el camino.

CAPÍTULO 05

05

Dar el paso

Llegó el momento de decidir. Recuerdo la mezcla de ilusión y vértigo, las conversaciones con mi familia, las preguntas sin respuesta. Y decidí. El 6 de septiembre de 2023 crucé la puerta del seminario mayor, junto a otros tres compañeros. Aquella primera noche, ya en mi habitación, me costó dormir.

Con los años, aquellos compañeros de etapa fueron tomando otros caminos. De todos los que empezamos, hoy solo quedo yo. Y no lo digo con tristeza, porque así es el camino vocacional: ir descubriendo, poco a poco, qué quiere el Señor de cada uno. De forma especial quiero recordar a Gabriel y a Bernardo, que fueron mis compañeros de etapa. Con ellos compartí oración, estudio, risas a deshoras y alguna que otra crisis. De Gabriel y de Bernardo aprendí a ser generoso, a escuchar, a reírme de mí mismo y a no tomarme demasiado en serio. Me enseñaron que en el seminario nadie camina solo. Cada uno ha seguido su camino, pero lo vivido juntos no se pierde.

No te voy a pintar un cuadro idílico, porque no sería verdad. Han sido años preciosos, pero con luces y sombras. Ha habido alegrías enormes y tristezas también. Tiempos de una gran riqueza espiritual, en los que todo parecía tener sentido, y tiempos de sequedad, en los que rezar costaba y Dios parecía callado. Días en que me preguntaba si de verdad estaba en el sitio correcto.

En esos momentos me ha venido muchas veces a la memoria aquel pasaje de Pedro caminando sobre el agua. Mientras miraba a Jesús, avanzaba. En cuanto se fijó en el viento y en las olas, empezó a hundirse. Y gritó, y una mano lo sujetó al instante. Yo me he hundido más de una vez. Y siempre ha llegado una mano.

Muchas de esas manos han tenido nombre. Mis directores espirituales, don Antonio Perera y don Juan Manuel. Los formadores que han pasado por mi vida: don Juan Carlos, que ha sido para mí un verdadero padre en este camino, don Eloy, don Juan Jesús y don Jorge Luis. A todos les debo muchísimo, por estar siempre, también en los días malos. Y otros sacerdotes de la diócesis cuya manera de ser y de actuar me ha marcado profundamente. No puedo nombrarlos a todos, pero sí quiero recordar a quienes, desde lo académico, han estado siempre muy cerca: don José Manuel Santiago, don Luis María y don Carlos María.

A veces me sorprende pensarlo: aquel niño que miraba a la puerta esperando a su padre ha encontrado, en este camino, muchos padres. Dios no ha tapado aquel hueco. Lo ha llenado.

> *"Dios no ha tapado aquel hueco. Lo ha llenado.*

Y una cosa más, por si te lo estás preguntando: en el seminario somos gente normal. Seguimos teniendo nuestros amigos y nuestras amigas, nos reímos, jugamos al fútbol, nos cansamos y discutimos como cualquiera. Somos jóvenes que intentamos dar un sí generoso a Dios, un sí que no anula tu voluntad ni tu humanidad, sino que las lleva a plenitud. Nadie te pide dejar de ser tú.

Ante todo, somos familia. Hoy, en nuestro seminario, tengo unos hermanos maravillosos: Paco, Raúl y Tinín. Y sé que se ha incorporado a la comunidad Pedro, con quien todavía no he tenido el gusto de convivir. Lo cierto es que todos queremos ser como dice la Escritura: «hombres que, movidos por el Espíritu Santo, hablaron de parte de Dios».

CAPÍTULO 06

06

Los que me sostienen

Nadie llega solo al altar. A mí me han sostenido muchas comunidades parroquiales. Y lo digo bien: han sido ellas las que me han acompañado a mí, y no al revés. Santa Cruz, en Miller Bajo. San Esteban Protomártir, en La Paterna, junto a don José Luis Rodríguez Guerra. San Isidro Labrador, en Montaña Cardones, con sus filiales de Tinocas y Tres Barrios. Y Nuestra Señora del Carmen, en Santidad, junto a don Juan Carlos León Abril. En todas he encontrado gente sencilla que reza por mí, que me pregunta cómo estoy y que me recuerda, sin saberlo, para qué estoy aquí.

Y la vida religiosa, que me ha cuidado con una ternura enorme. Mis queridas Hijas de la Iglesia, que estaban ya en mi infancia y siguen estando hoy, y con quienes intento compartir el carisma desde mi ser seminarista. Y la maternidad espiritual que ejercen sobre mí las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, en especial sor María Paz, y las Franciscanas Cooperadoras Parroquiales de la Asunción: sor Ana Cecilia, sor Xiomara, sor Glenda, sor Alicia y mi muy querida sor Mirna. El niño criado por mujeres fuertes sigue, de algún modo, rodeado de ellas.

Cuando pienso en todas estas personas me viene a la cabeza aquella escena de Moisés en lo alto del monte, con los brazos alzados en oración. Cuando se cansaba, Aarón y Jur se los sostenían, uno a cada lado, hasta la puesta del sol. Yo he tenido muchos Aarones y muchos Jures.

CAPÍTULO 07

07

Hoy, en Granada

Ahora te escribo desde el Seminario Mayor San Cecilio, en Granada, adonde mi obispo me ha enviado a hacer un curso y continuar mis estudios. Otra ciudad, otra comunidad, otra vez aprender a ser nuevo. Y otra vez, la experiencia de que el Señor va siempre por delante.

Si tuviera que resumir en una frase lo que he intentado vivir todos estos años, sería esta: disponibilidad. Lo que el Señor quiera, como Él quiera y donde Él quiera. Fiándome siempre de Él... aunque, te lo confieso, a veces no tanto.



> *Lo que Él quiera, como Él quiera, donde Él quiera.*

Ojalá lleguemos un día a la ordenación, si es eso lo que el Señor tiene preparado para nosotros. Yo sueño con ese día. Me ilusiona postrarme en el suelo, consciente de mi nada, y levantarme sacerdote para siempre. Me ilusiona saber que es Él quien comenzó en nosotros la obra buena y quien la llevará a término. Y más aún saber que tendré que configurar mi vida con el sacrificio de la Cruz, imitando lo que conmemoro en el altar. ¡Qué vértigo! Pero descanso en una certeza: Él permanece siempre fiel.

PARA TERMINAR

Lo que me gustaría decirte

Si miro atrás, mi vida ha sido un auténtico caos: una familia herida y valiente, dos casas con dos maneras de rezar, un padre del que conocía más la voz que el rostro, una madre que lloró mucho por mí, un bautismo a escondidas, una adolescencia de la que no estoy orgulloso, un océano de por medio, un cura desconocido en una esquina de la catedral, críticas, compañeros que tomaron otros caminos. Durante mucho tiempo pensé que nada de aquello encajaba. Y, sin embargo, el Señor ha ido ordenando cada pieza, con una paciencia infinita.

No te digo que el discernimiento sea fácil. No lo es. Pero fíate del Señor. Sé que nos cuesta a todos; a mí el primero. Él sabe lo que hace con nuestra vida mucho mejor que nosotros.

No soy un santo ni un ejemplo. Soy un chico de barrio al que Dios no ha dejado de buscar. Y sigo sin entender cómo se ha fiado de mí. Pero lo ha hecho.

No sé si el Señor te está llamando al sacerdocio. Eso lo iréis descubriendo juntos, Él y tú, y con la ayuda de quienes te acompañen. Pero sí sé que el Dios que me encontró a mí, a escondidas, herido, perdido y rebelde, es el mismo que hoy te está buscando a ti. Y que su amor sigue siendo tan alto, tan profundo y tan ancho como en aquel canto de mi infancia: nadie se queda fuera.

Gracias, otra vez, por atreverte a preguntar. Rezo por ti, aunque no sepa tu nombre. Él sí lo sabe.

Con cariño, y en oración,



Daniel Acevedo Paternina,
Seminarista Diocesano de Canarias

P. D.

Ah, por cierto, hay una fábula que me encanta y que creo que resume todo lo que te he contado...

El muchacho y los cristales rotos

Cuentan que, en un pueblo a los pies de una vieja catedral, vivía un muchacho que recogía trozos de vidrio de colores. Los encontraba en cualquier parte: en el camino del colegio, entre las piedras del río, en los rincones del mercado. Unos eran azules como el mar; otros, rojos como una herida; algunos tan oscuros que parecían no servir para nada. Los guardaba en un saco sin saber muy bien por qué. Había días en que le daba vergüenza: aquellos cristales cortaban, estaban rayados, y ninguno encajaba con otro. Más de una vez pensó en tirarlo todo al río.

Una tarde, el viejo maestro vidriero de la catedral lo encontró sentado en las escaleras, con todos sus pedazos esparcidos por el suelo.

—¿Qué haces con todo eso? —le preguntó.

—No lo sé —contestó el chico—. Algo me dice que los guarde, pero son trozos rotos. No forman nada.

El maestro se agachó, eligió el cristal más oscuro de todos —el que el muchacho habría tirado primero— y lo levantó contra el sol. La luz lo atravesó y dejó sobre la piedra una mancha de color que ninguno de los dos esperaba.

—No necesitas ver el dibujo entero —le dijo—. Eso es cosa mía. Tú solo tráemelos, uno a uno.

Al muchacho le costó. Le daba miedo enseñar lo que estaba roto. Algunos días subía al taller con un cristal en la mano; otros desaparecía durante meses. Pero el maestro nunca cerró la puerta.

Pasaron los años. Una mañana, al entrar en la catedral, el muchacho se quedó clavado delante de una vidriera nueva. La luz la atravesaba y llenaba la nave de colores. Tardó un rato en entenderlo: aquellos eran sus cristales. El azul del mar, el rojo de la herida... e incluso aquel trozo oscuro, puesto justo donde hacía falta para que se dibujara el rostro de Cristo.

Yo soy ese muchacho. Y creo que tú también lo eres.